CONCURSO

SOBRE

"El porqué de la inmortalidad de Beethoven"

En agosto de 1961, el Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile, a raíz del Novenario Beethoveniano presentado a precios populares para estudiantes en el Gimnasio Maccabi, por la Orquesta Sinfónica de Chile bajo la dirección del maestro Georg Ludwig Jochum, abrió un concurso entre los jóvenes asistentes. Los trabajos presentados reflejaron la libre apreciación de los concursantes sobre el significado de Beethoven, a través del tiempo.

El jurado integrado por la Srta. Brunilda Cartes, Alfonso Letelier, Decano de la Facultad, Hernán Barría, Alejandro Gumucio y Alberto Bronfman, premiaron con el primer y segundo premios los trabajos que publicamos a continuación.

El primer premio correspondió al estudiante Camilo Marks, de 17 años, alumno de primer año de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y el segundo a la Srta. Gina Cánepa Hurtado, de 15 años, alumna de cuarto año de humanidades del Liceo Nº 3 de Niñas.

EL PORQUE DE LA INMORTALIDAD DE BEETHOVEN

por

Camilo Marks A.

El vagabundo decidió quedarse un rato más, tenía siempre mucho tiempo a su disposición y la curiosidad que sentía por todo lo que lo rodeaba, seres y cosas, se mantenía viva en él; los años habían pasado veloces y los caminos eran siempre inagotables. Venía llegando más y más gente al parque, gente de todas clases, de todas las edades. El vagabundo oyó palabras sueltas... concierto... sinfonía... Beethoven... Beethoven... ¿Quién será? —se preguntó perplejo—; con tal de que no sea de esa música para quedarse dormido. Estallaron los aplausos y luego poco a poco se hizo un silencio impresionante. El parque entero estaba esperando... Y de repente un torrente de armonía lo envolvió, dejándolo sobrecogido. Parecía llegar música desde todas partes, desde los mismos árboles, parecía como si todo el parque cantara; y el parque estaba realmente precioso ese verano, no lo había notado antes; estaba todo entero verde y había miles y miles de hojitas que se movían en todas partes; a veces como si la música se fuera alejando o como si las hojitas se hicieran sentir todas juntas; pero no había una gota de viento, era la música que se lo hacía ver así. Nada de fea la musiquita ésta; desde luego no era para quedarse dormido. Y parecía bien alegre ahora; no había más que mirar a su alrededor para darse cuenta de que era de lo más alegre y linda. Toda la gente parecía feliz, algunos hasta sonreían; él mismo sin saber bien por qué se sentía contento también; se sorprendió sonriéndose; un joven con una niña le devolvieron la sonrisa sin mostrar extrañeza. El vagabundo suspiró, hondamente dichoso; después de todo él también era como ellos, podía alegrarse con una linda música y el cielo era azul para todos. ¡Y tan azul! No lo había visto nunca tan azul, salvo cuando era niño. De repente se volvió a ver cuando tenía 8 años y corría por el campo, perdiéndose tardes enteras entre las zarzamoras y volviendo casi oscuro con la cara, las manos y la ropa embadurnadas de moras. ¡Qué veranos ésos! ¡No había como el campo en verano! Y el esterito donde se bañaba, debajo de ese sauce tan grande... El vagabundo ya no veía nada a su alrededor, habían brotado en él los recuerdos asoleados de su niñez. Sin saber cómo, sin tener conciencia del por qué, desde algún punto ignorado de su propio corazón, había surgido repentinamente un pequeño manantial de belleza pasada, como un eco de días llenos de sol. Un parque todo verde, unas hojas temblorosas, un cielo tan azul y unas sonrisas también para él, todo eso había sido para el vagabundo la Sexta Sinfonía en Fa mayor.

* * *

La señora solitaria y aburrida se sobresaltó al darse cuenta de que el parque se estaba llenando de gente. Se trataba de uno de esos conciertos al aire libre a los cuales nunca se le había ocurrido asistir. La música le gustaba a ratos, aunque ahora ni siquiera sabía lo que le gustaba. Ensimismada en sus propios pensamientos no se dio cuenta de la llegada de los músicos. El silencio repentino la hizo levantar los ojos, molesta. Todas las caras estaban anhelantes, parecían esperar algo; todos esperaban algo, tenían algo que esperar menos ella que... Un llamado

solemne y grandioso, inmenso, doloroso, barrió de un solo soplo todas sus pequeñas apreciaciones. El llamado se repitió una y otra vez, pidiendo, exigiendo de ella toda su atención. Los acordes patéticos se sucedían sonoramente impidiéndole volver a su estrecho círculo. Sus pensamientos se dispersaron sin consistencia ya; dejó de pensar en sí misma y en sus pequeñas miserias. Transcurrió el tiempo, no supo cómo, eterno en sensaciones, corto a la vez como un suspiro, la música cesó. Todo parecía lleno de paz, como después de una tormenta. Había tenido conciencia de otras angustias, vislumbró penas de otros. Todos tenían su propia cuota de dolor, pensó filosóficamente; después de todo no puedo quejarme demasiado... Y así reconfortada, resignada, en paz consigo misma se levantó... La Quinta Sinfonía había ahogado y empequeñecido en su propia e inmensa angustia sus penas hasta casi borrarlas.

* * *

Los jóvenes acudieron al parque a buena hora, para reservar algún lugar sobre el pasto. Iban a juntarse con unas muchachas compañeras, y habían prometido llegar antes para ubicarse bien. Eran tres muchachos entre 18 y 20 años. A los tres les gustaba la música mucho, aunque disentían en sus apreciaciones y se tramaban en acaloradas discusiones sobre los méritos de tal o cual compositor. Nada les agradaba más que esas mismas polémicas en que hacían gala de su ávida erudición. Seguramente eran algo snobs: eran jóvenes, eran estudiantes y las bellezas del mundo se habían hecho para su propio deleite. El programa de esa tarde contemplaba una obra del infaltable Tschaikowsky, y la Sinfonía Nº 3, de Beethoven. Desde luego habían tenido ya una larga discusión a propósito de dicho programa. El viejo Peter Ilich, como le decían irreverentemente, les encantaba por sobre todas las cosas, aunque nunca lo confesaban. En cuanto a Beethoven, ¡Era colosal!... Y las discusiones surgían entonces más apasionadas que nunca, pero esta vez en torno a sus distintas preferencias. Para uno de ellos no había absolutamente nada comparable a la Novena; los otros coincidían en la Tercera y la Quinta por partes iguales. Ahora oirían la Tercera. Llegaron las compañeras, los músicos, el director. Tschaikowsky les encantó como siempre, aunque aparentaron indiferencia. Luego la Heroica, que se sabían de memoria, según declaraban, inició sus vibrantes armonías. Cada uno de ellos fue adentrándose en sus propios pensamientos, en su ronda particular de dicha y de anhelos, de ilusiones, de melancolía sin causa y de vagas esperanzas por venir. Cada uno tenía en sí todo un mundo, un universo repleto y misterioso que explorar, deseosos de descubrirlo todo, de analizarlo todo con apasionado interés. Las ondas vibrantes penetraban en ellos llenándolos de dicha inconsciente, de vitalidad que surgía de su ser, haciéndolos cobrar conciencia de su personalidad. Vendrían luchas, vendrían batallas: las esperaban, hasta las deseaban en ese momento. ¡Que vinieran combates! Cierto sentimiento de heroísmo surgía en ellos ávido de manifestarse. Finalmente se acallaron las últimas vibraciones triunfales. ¡Gracias por la belleza! ¡Gracias por la nueva fuerza que en ellos sentían! Toda la acción de gracias en fin de la juventud.

* * *

Podría seguir vagabundeando en los parques, a lo largo de sus nueve sinfonías, podría colarme en algunas selectas salas y recoger ecos de sus resonantes conciertos. Incluso me atrevería a explorar el mundo misterioso y poético de sus sonatas, para no hablar más que de las obras

más conocidas, obtendría siempre parecido resultado; bastan sus sinfonías, y aun bastaría una sola de ellas para hacérnoslo inmortal. Su obra es una epopeya de sonidos en que se funden todos los sentimientos que es capaz de expresar el ser humano. Alegría, Dolor, Pasión, todo eso es Beethoven. A todos llega, en todos despierta ecos. Su inmortalidad reside en eso, en haber sentido, sufrido, vivido intensamente. Cualquiera sea el sentimiento que su música exprese, ésta lleva siempre un irreprimible final lleno de amor; amor a lo divino para unos, amor a la belleza o a la libertad para otros, por encima de las diferencias de los hombres. ¡Amor a la vida! La música de Beethoven es, más que perfecta, profundamente humana.

¡Por qué Beethoven es inmortal!

por

Gina Cánepa Hurtado

Ludwig van Beethoven, nombre que tiene un gran poderío cósmico; una resonancia tempestuosa como la de una sinfonía coral. Esta concepción se debe a que sólo ese nombre nos lleva a recordar la figura del genio alemán que brindó el más alto grado de música.

La música beethoveana es libre en sus formas y expresión. Muestra la excepcional sensibilidad del genio y la habilidad para realizar brillantemente las implicaciones de la técnica. El genio de Beethoven siempre abordó el tema inagotable de la condición humana. Seguramente, a su entender, la actuación de músico era dejar correr esos héroes llamados sentimientos humanos en la lúcida corriente del sonido, creando un mundo donde la desdicha y la alegría coexistían ante la misma mirada.

Esta posición significa, dentro de la música, el grandioso nacimiento de la expresión bien aplicada y el rechazo de los compromisos de moda, que hacen del arte una desafortunada uniformidad. Con justa razón se ha dicho que Beethoven es el liberador de la música. Expansionándose en un mundo artístico, apreció que la satisfacción existiría cuando apelara a una norma opuesta desligándose de lo establecido.

Es probable que ni siquiera haya apreciado esta ventaja. Seguramente lo llevaba escrito en la sangre inconscientemente, porque si bien para él la actividad creadora era el acto más sublime, era también el más trivial. Era como los pájaros que cantan bellamente y hacen felices a los demás, como un acto natural, propio del diario desenvolvimiento.

Mas, hay que aclarar que si Beethoven hizo vida de músico, no fue por producir gozo en sus semejantes, sino porque él, músico tan solamente, experimentó la necesidad de dar a conocer la realidad de su vida espiritual. Como la mayoría de los humanos deseaba ser comprendido y, para él, el único medio más disponible era la música. Sin embargo, muchas veces tuvo que sufrir el dolor de la incomprensión, ya que no todos eran como un Czerny, quien exclamó refiriéndose al genio, en cierta oportunidad: ..."pero cuando tocaba, sólo se escuchaba su alma".

Es imposible reproducir del todo la personalidad de Beethoven. Mejor lo haría una orquesta. Pero bien podríamos decir que Beethoven fue un innovador. Por otro lado está la contradictoria personalidad del genio. ¿Cómo se definiría a un hombre a veces tímido y otras enérgico y poderoso humanamente? Beethoven era así. Buen amigo y leal y otras áspero. Sensible, diáfano y sincero y a la vez buen conocedor del poder de sus cualidades artísticas. Era un hombre susceptible. La desgracia siempre le aniquiló, pero con el

arte renacía. Cuando tuvo conciencia de que su sordera era incurable, comentó: "sólo el arte ha impedido que me quite la vida". Y está claro que Beethoven supo aceptar. Lo demuestra el hecho de que en un momento de suprema desgracia supo ensalzar la dicha en su Novena Sinfonía Coral, la obra de mayor arquitectura tonal y lo más libre de sus formas.

La música fue el arte con el cual Beethoven hizo frente a la vida. Su arte no expresó ideas ni experiencias, sino que estados anímicos. El matemático Sullivan ha establecido las tres más exactas divisiones dentro del desarrollo espiritual de la vida de Beethoven. El primer período, que expresa estados de índole universal, tenidos por todos y fácilmente captables. El segundo, que muestra al artista conocedor de su desgracia y dispuesto a vencer las dificultades, y el tercero, con carácter de mística, que nos revela a Beethoven ya resignado, conociendo el poder del sufrimiento y comprendiendo que la desdicha era necesaria para el arte, ya que el heroísmo inspira las obras más sublimes.

El Beethoven que llegó a Viena a fines de 1792 era muy diferente a aquel que emergió del 1820. El primero era un joven temperamental y orgulloso que creció inquieto entre maestros como Haydn y Albrechtsberger. Estaba consciente de su gran capacidad y dispuesto a que los demás lo reconociesen así. Era un compositor genial y un pianista prodigioso. Participaba en concursos en los cuales se ensalzaba el virtuosismo pianístico y siempre salía airoso en todas las pruebas de improvisación y variaciones sobre temas.

Beethoven, entre los "Tríos opus 1" y la "Sinfonía Heroica" vivió una etapa en la que estaba en pleno conocimiento de su fuerza. Hacía uso de gran franqueza y no vacilaba en ofender a aquellos seres que consideraba desapasionados e incapaces de avalorar la realización artística. Los hombres inferiores al genio tenían que soportar sus continuos cambios de humor. Cualquiera pensaría ante esto que Beethoven carecía de una contextura espiritual, mas no es así. En aquella época Beethoven se sentía desconcertado en una sociedad prejuiciosa, que le resultaba insufrible. Como ser apasionado que era, sus actos de rebeldías resultaban más poderosos y zarandeadores que los de otros. Vivía plenamente su juventud y su naturaleza emocional, rica en variaciones, se manifestaba ardiente. Todo le interesaba. Tenía afán por la sociedad y por todo lo que contribuía a llenar su sistema emocional.

Sin embargo, en la "Tercera Sinfonía", Beethoven es el héroe errante. Está claro que el genio alemán se inspiró para su "Tercera Sinfonía" en la figura de Napoleón I, pero la música de ella no es un mensaje guerrero que ensalza el militarismo y la estrategia en la lid. Habla de ese Beethoven que en aquel entonces se veía aplastado por las circunstancias de la vida. El, tan solamente él, era el héroe. El colorido quejumbroso, la abundancia de temas y la nueva y extraordinaria instrumentación de la "Sinfonía Heroica", fueron las características con las cuales se confirmó el género beethoveano.

En la "Quinta Sinfonía", el heroísmo se repite, pero surge un nuevo problema: el destino. Ese destino que Beethoven ha maldecido muchas veces y cuya sombra no podrá desterrar. La sordera comenzaba a apresar al genio que no había podido dejar de exclamar al creador: "¿Por qué expones así a sus mejores creaturas?" Estas palabras algo ingenuas muestran la gran desesperación que debe haber experimentado el genio en aquel entonces. La frase inicial de "así llamó el destino a mi puerta", es el más profundo grito de rebeldía a la vida.

Sin embargo, a partir del "Testamento de Heiligenstandt", Beethoven se en-

caminó a la senda de la resignación. En ese hombre trágico que se creía dispuesto a ser filósofo a los 28 años, florecieron otros sentimientos propios de un estado de madurez.

Los cuartetos y sonatas muestran todo su ardor por las manifestaciones de la vida y, en especial, por aquellas que le estaban prohibidas. Alejado de las pasiones sociales, tenía en la naturaleza el más grande refugio. En medio de esa naturaleza agreste nacieron sublimes obras. Así tenemos la "Sinfonía Nº 6", la más brillante pintura de la fuerza y virtud de la tierra. Nos da clara muestra del vigor y la serenidad de los pastores, la pavorosa atmósfera que produce una tormenta, el canto de los pajarillos, etc.

Beethoven, a lo largo de su vida, siempre rindió culto al amor romántico. Sus más diáfanos anhelos le llevaron a ensalzar a una mujer como la que muestra en su ópera "Fidelio". El genio alemán, leal e inmaterial, nunca pudo sentir la satisfacción triunfal de sobrepasar los prejuicios sociales y encontrar la mujer que se uniera a su vida de artista, generalmente llena de privaciones. Es probable que esta etapa que le vedó el destino, le llevó a componer su única ópera "Fidelio", que es un himno a la libertad y al amor conyugal. Por aquellos tiempos (1803) residía en casa de los Brunswick y se enamoró de Teresa von Brunswick, llamada la amada inmortal y tal vez quien más se asemejó con Leonora, la heroína de la ópera "Fidelio".

En momento de suprema desdicha Beethoven también supo mostrar humor. Como prueba tenemos la "Octava Sinfonía", una obra extraordinariamente atractiva, persuasiva y agitada, es una clara alternación de fuerza y gracia. Una suave ironía se observa en ciertas variaciones y una y otra frase se disputan la atención del audito. En fin, Beethoven aceptó la realidad de su condición y a la hora de su muerte fue un hombre resignado y pleno de grandeza espiritual. Había triunfado por sobre todas las desdichas y dejó el mundo como un héroe omnipotente. Ya no conocía la amargura ni la tensión producida por la restricción. Iluminado y piadoso sabía que estaba ya en contacto con la luz y la paz.

¿Por qué Beethoven es inmortal? La respuesta es obvia. Sin embargo, podemos decir que Beethoven está siempre en la mente de todos, porque el recuerdo de su heroísmo y la magia de su música nos sirve de refugio confortante y espiritualizador después de los diarios problemas. Porque está claro que la música beethoveana nos muestra un desarrollo espiritual que se adelantó a su época y que tiene caracteres proféticos. ¿Acaso actualmente buscamos respuesta a nuestros problemas en la música electrónica? De ninguna manera. Beethoven está siempre en nuestra conciencia. Siempre su música llena nuestros vacíos. El arte que está de moda no nos revela, generalmente, los motivos a que aspira nuestra mente.

Quedaría por saber cuál es la causa de esa gran capacidad en la música de Beethoven. Seguramente es porque proviene de un hombre que fue honrado consigo mismo. Beethoven hizo frente al sufrimiento y no lo rehuyó refugiándose en una filosofía o ideología como lo haría otro. Quien no vive la vida en todas sus fases es un cobarde. Beethoven fue un héroe. Al Beethoven de aquella época lo podríamos comparar con un hombre de hoy que ha recibido las consecuencias de la postguerra. Pero entre un hombre oprimido, como los que describe el existencialista Jean Paul Sartre, y Beethoven existe una gran diferencia. El genio alemán supo renacer y nunca abandonó la virtud; con sólo dar una pequeña mirada a la existencia de Beethoven, vemos que allí hay un hombre en todo el sentido de la palabra. Aunque no se aprecie la cali-

dad de Beethoven nadie puede negar que el genio fue un hombre correcto, buen artista y dispuesto a penetrar en el mundo de la resignación.

Además, Beethoven es inmortal por las grandes innovaciones que hizo en el campo del arte. Puso la técnica al servicio de la expresión. La poderosa técnica de Beethoven se vio reflejada en la complejidad de su escritura pianística. Los conciertos para piano y las sonatas son las más avanzadas apoteosis de los amplios arpegios, trinos y dobles trinos, rápidas irrupciones, majestuosos exordios, acordes masivos de "tutti" en tónica subdominante y dominante, etc.

Beethoven experimentó todo lo que la vida puede dar. Todas las experiencias que recibió quedaron grabadas en su espíritu. El no era un hombre meramente sensible y fácil de emocionar. El era un hombre fuerte, que hizo frente al combate, porque en la vida había que recibir todas las responsabilidades. Las experiencias obtenidas le llevaron a alcanzar la etapa más sublime de su existencia. Una "Sinfonía Coral" o "Un Cuarteto en Do sostenido menor", sólo se puede realizar en un momento de suprema iluminación. Quien ame a Beethoven apreciará que su música es única porque único fue él. Sólo un hombre que vivió un combate y pasó por encima de él, puede darnos un sincero mensaje espiritual. Un mensaje proveniente de un humano y no de un orador profesional. Y todos estamos ávidos de experiencias espirituales porque ellas facilitan nuestro camino. Beethoven nos ha dado las más sublimes ¡y por eso es inmortal!